

Presentación Bs. As.

“Déjate vencer” es mi segundo libro de poemas, porque soy joven como poeta, argucia sin duda, que me permite haber vivido muchas cosas, muchas cosas, muchos duelos, como a todos los que acuñamos una buena cantidad de años.

El adiós de la migración, al adiós del amor y el adiós de los que he amado y que ha llamado la tierra. Faltas insustituibles, rupturas necesarias para cambiar el mundo mío. Fracturas, quejío, tajo, habitan este poemario que busca su abrigo en la poesía española. Desde el verso corto al verso roto. Desde el poema intimista a la copla.

Transitar la poesía española de finales del XIX y primera mitad del XX implica transitar también, el mundo de la copla y del flamenco. Presentes en Antonio y Manuel Machado, o palpitando en la poesía de Lorca, la copla y el flamenco se abrazan con el decir del pueblo.

El lenguaje popular se hace poesía y no él no le importa ingresar en el arte menor del octosílabo para contar historias, que escribe la pluma de los grandes poetas, no solo con tinta sino con la sangre. Y la pluma gotea sangre hasta el punto que algunos de ellos mueren, literalmente, por escribir, mueren escribiendo sobre el amor y la muerte.

Estas dos coordenadas actuales entonces y hoy, recientes en el atardecer de la memoria de la vida cotidiana habitan el duende lorquiano y la metáfora machadiana. Anidaron en los versos de Pedro Salinas, Luis Cernuda o León Felipe.

Por eso “Déjate vencer” es una labranza poética sobre el quebranto. El poeta, el obrador, escribe al dictado del duende que sube *desde las últimas habitaciones de la sangre*. Y se queda quieto, sorprendido porque no se siente autor, sino amanuense. Porque amasa el barro, busca la forma en el barro donde se apoyan las palabras. Las palabras caminan, se apoyan, se ponen de puntillas o incluso dejan huella, pisadas, tienen vida propia, y hasta sacuden, dan golpes. A golpe de palabra los poetas hacen el camino. Como decía Lorca en 1936 en un homenaje a Cernuda, que lo había vencido de Cernuda, con su palabra sin mácula, *con su amorosa agonía encadenada, con su ira y sus piedras de sombra*. Vagabundean por los versos hasta encontrar el sendero que les lleve a casa. La casa son los ojos, los oídos del lector.